

## ÍMAGO BLOCHIANA FIN DE SIGLO

CRISTINA GODOY\*

*Dilixit Veritate*

En el filo del siglo, caracterizar a Marc Bloch presupone acercarse al ideal del trabajador de la historia. Fue su preocupación mantener una coherencia ideológica entre la vida personal y la arena profesional. En la perspectiva actual de lo público, en la que todo asunto político es cosa de otro, este perfil paradigmático recuerda, a las futuras generaciones, que tanto el "uso público" de las memorias colectivas como la responsabilidad del historiador —custodio del pasado— son acciones eminentemente políticas.

Allá en el tiempo, resquicios de lo cotidiano fueron impregnados por la conmoción ideológica que representó el nacimiento de la palabra impresa. Desde entonces no ha cesado. El impreso resignificó las instituciones, la oralidad e incluso las representaciones mentales. Entre descubrimientos destellantes, las transdiscursividades de Marx y Freud —aunque no únicamente: Burkhardt retrata. Weber, modela y Freud, diagnóstica—<sup>(1)</sup> brindaron el instrumental para que la objetividad ya no fuera mera simbiosis de una neutralidad ideológica.<sup>(2)</sup>

Por su parte, la historia, en tiempos de su configuración disciplinaria, utilizó la palabra escrita con fines político-metodológicos. Sus pretensiones de cientificidad ligaron lo que "verdaderamente sucedió" al estudio de lo concreto. El objetivo final era obturar un lenguaje metafórico porque la metáfora emana sentimientos.

Paralelamente, la mimesis documento-verdad fue doblemente conveniente para el ejercicio del poder por parte de sectores conservadores. El estudio del pasado, deseoso de estrechar filas con la objetividad de las ciencias naturales

---

\* Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

legitimó la ecuación realidad=historia (verdad), espejo en las antípodas de otra: literatura=ficción (acuarela epocal). A horcajada de los siglos, el documento —dócil al estricto examen crítico— garantizó, a muchos historiadores, un tiempo pasado afuera de la operación y una objetividad-verdad histórica *tout court*. En cambio, devanar el carrete del lenguaje escrito sugerirá a otros, una gama de mediaciones con el pasado.

Por otra parte, la dupla escrito-verdad manipuló con eficiencia una pseudo neutralidad ideológica en la domesticación de lo social. No importa dónde, la formación de la nación y las tácticas esgrimidas para consolidar las identidades locales justificaron el status aglutinante de un pasado científicamente elaborado. En consecuencia, la historia política —encarnación del hecho-suceso— empatizó con discursos canónicos montados sobre encadenamientos unicausales.

Va de suyo que los documentos siempre han transparentado un lugar, un tiempo, una cultura. De ahí que, la desmitificación del objeto y la resignificación del escrito lineal, abrió nuevas perspectivas. En la historiografía francesa, los fundadores de *Annales* inauguraron la primera etapa de una gradual institucionalización y futura exportación. Signos políticos éstos, indispensables para el ejercicio del poder desde el conocimiento. *Annales*, a pesar su éxito temático-metodológico, no fue el único programa historiográfico alternativo. Incluso así, la figura de Marc Bloch aún dispersa y proyecta sentidos.

En esta dirección, el primer asunto que interroga es la sistemática oposición de *Annales* a un estudio de lo político, calificado en la época como contingencia, carente de espesor explicativo.

No es novedad que la historiografía ha recorrido un largo camino. El argumento de que tal rechazo respondió a una acontecimentación sorbonista se invalida por su propio peso. Considerando la historia adscripta a un tipo de narración, también seduce preguntarse hasta qué punto *Annales*, dedicada al desarrollo de problemáticas económico-sociales, subestimó discursos políticos igualmente operativos. Paradójicamente, esta visión fue precoz en el itinerario de Marc Bloch y Lucien Febvre.

Desde otro ángulo, rastreo ciertos indicios en cuanto al equilibrio del status epistemológico de la disciplina, invadido por interferencias de vertientes disímiles: transdiscursividades, textos, contextos, tropos, intertextualidades, simbología, hermenéutica, narratología.

Hoy, los historiadores interpelan, una vez más, la vulnerable ecuación narración documental/narratividad del historiador. En efecto, la materia histórica se sacude incómoda cercada por formas lingüísticas provenientes de ramales de una filosofía más estética, de cierta crítica literaria y de enfoques polisémicos internos a la disciplina. La tarea historiográfica de Marc Bloch equidista ambos debates.

### **Annales, puente de controversias finiseculares**

En Francia, la historia alboreó el siglo polemizando con la sociología. Escuchando además las voces de la etnología, de la psicología y apoyándose en la geografía vidaliana, buscó salirse de la encerrona que le tendió el acontecimiento sorbonista.

A fines del siglo XIX, se publicó *Introduction aux Etudes Historiques* de C.V. Langlois y C. Seignobos. El mensaje del texto sentó precedente: la imposibilidad de acercarse al objeto por medio de la observación directa del hecho, impedía al historiador emular la metodología de las ciencias directas.<sup>(3)</sup>

A los pocos años, la *Revue de synthese historique* habría de editar "Méthode Historique et Science Sociale" de François Simiand.<sup>(4)</sup> Casi un manifiesto, cuestionó, desde el corpus metodológico de la sociología, la posición de Seignobos, desmascarando un asunto medular: el protagonismo del historiador como artífice de su objeto.

En otros términos, el argumento de Simiand apuntó a configurar un sistema de conocimiento ensamblando hechos. La disciplina integraría un campo científico, siempre que adoptase un método que la ligara a la objetividad a través de la articulación de relaciones estables. A tal fin, asentó su ingeniería en tres principios nodales: 1. regularidades de hechos, criterio que derivará en la sistematización del método estadístico-cuantitativo; 2. ventajas de la comparatividad; 3. eliminación de los ídolos historicistas: cronología, política, individualidad.

La embestida de los sociólogos no cesó entonces. 1908, E. Durkheim se reunió con Seignobos, Lacombe, Lalande y G. Bloch. En este encuentro, el sociólogo remarcó el valor de la presencia histórica en el conocimiento sociológico. Ganarse tal privilegio, requería adherir al carácter real del inconsciente. O sea, la *liaison* disciplinaria regularía la legitimidad de las causas no-conscientes en la configuración de la explicación histórica.

En síntesis, la sociología reclamó del historiador un giro desde el hecho único, lo aleatorio y la excepción, hacia la fundación de una objetividad que insertara la disciplina en la legaliformidad.<sup>(5)</sup>

El desafío de la escuela sociológica repercutió en la inquieta intelectualidad de Lucien Febvre y de Marc Bloch. Ambos trabajaron la interpretación de las fuentes y la modulación temporal del objeto a través de la historia-problema de nutriente interdisciplinaria. Esta estampida sellará los términos de una reversión en la historiografía francesa —la influencia de la escuela Durkheimiana no fue la única—<sup>(6)</sup> tejida en las primeras décadas del siglo y en la marginalidad académica. En años por venir, en la VI Sección —producto de acuerdos entre sociólogos e historiadores— *Annales* dio un salto cualitativo. Se centró en mostrar las posibilidades explicativas de su estilo. Como era de esperar, el contacto con otras disciplinas expandió sus bordes epistemológicos. La esgrima estructuralista no fue ajena a esta tendencia.

El ejercicio de una historia total maduró su identidad. Explorando la globalidad, acentuó la impronta de caracteres geográficos y sociologizantes. Depositó su

energía en la matriz demográfica de un espacio social, engarzada a una historia económicosocial —modelización-cuantificación— inscrita en la larga duración. La progresiva institucionalización de *Annales* la afirmó respecto a un competidor de estatura teórica. En efecto, el Materialismo Histórico —motivado por sucesos internacionales virulentos— venía robusteciendo su popularidad a través de sus bastiones exclusivos: la operatividad teórico-explicativa del funcionamiento de las sociedades y el batallar político-reivindicativo en pos de una igualdad social.

*Annales* no se amilana. Anfitriona de ideologías ajenas, sujetó su poder a su propio eclecticismo. Formadora de generaciones de excepción, admirada y emulada desde el exterior; segura y cómoda en su sitio de ordenadora de lo social, produjo monografías memorables. Hegemónica, sedimentó una tradición de problematización a través de la no-acontecimentación y la pluralidad temporal. Sin embargo, a pesar de las tensiones sociales —inherentes a los procesos de hiperindustrialización y de las vicisitudes de la guerra fría—, no ató compromiso alguno con el estudio de lo político, urdimbre del malestar internacional.

Promediando el siglo, Michael Foucault hizo estallar el trayecto historiográfico francés, provocando irritaciones y adhesiones. Aunque Jean-François Lyotard bautizó la posmodernidad, Foucault fue de los primeros intelectuales en anunciar la muerte del hombre de la modernidad. Al sugerir la operatividad teórica de la "discontinuidad", el filósofo terminó de abrir las exclusas que contenían a la operación histórica.<sup>(7)</sup> El corpus teórico Foucaultiano fue el puntapié hacia un errante desarrollo disciplinario que desembocará en la disyuntiva actual que tanto preocupa a la comunidad historiadora internacional. El filósofo colocó el concepto de "ruptura" a manera de cuña teórica en la unidad acontecer-proceso. Desconcertando a los historiadores, acontecimientos significará, de ahí en más, "ruptura de evidencia".<sup>(8)</sup> A partir de un abordaje arqueológico, la historia mutó los "documentos en monumentos".<sup>(9)</sup> Para *Annales*, corrían los tiempos de la serialidad.

Subversión tal fracturó las estribaciones del paradigma decimonónico. Trabajar los "dispositivos" arqueológicamente desmontó las férreas estructuras disciplinarias del historiador de la segunda mitad del siglo. En el terreno epistemológico, la figura del "poliedro de inteligibilidad" decapitó cualquier resto de orden, demostrando la operatividad analítica de la "desmultiplicación causal". En este registro, las fases de cualquier dispositivo aparecen imprevisibles e innumerables. Si bien el poder no es prerrogativa de los que dominan, donde repose su microfísica genera resistencia.<sup>(10)</sup>

Definitivamente, M. Foucault puso filiaciones historiográficas patas arriba. Jacques Le Goff y Pierre Nora fueron los voceros del proyecto basado en nuevos problemas, nuevos objetos, nuevos enfoques. Entrecruzada con la antropología, la bulímica *Annales* se sumergió en las honduras más insólitas y sofisticadas. Atrapada por la larga duración, buceó profundo en la mentalidad de una época, los silencios, los comportamientos y actitudes colectivas. No sin oposición, la historia ascendió del sótano al granero. El hombre, sujeto racional constructor de sus conflictos

económico-sociales y modificador del espacio, se diluye en un anónimo dentro de una serie mensurable. De protagonista de pala en mano, pasó a ser partícula de una sensibilidad, de un imaginario, de un discurso.

Colecciones de temas sobre aspectos de la vida cotidiana atrajeron el gran público a través de un lenguaje más accesible, aunque no menos preciso. Seducida por los medios de comunicación, *Annales*, sedienta de popularidad, se inició en la difusión masiva, circuito que no abandonaría. Una vez más se regodea en su legendario eclecticismo.

Estallando en partículas se prestó a un nuevo juego de entramados disciplinarios. Aprende de sus pares sociales al precio de quedar atrapada en las redes que le tiende la resistencia al cambio.<sup>(11)</sup> La historia antropológica marcha hacia su consolidación.

Al tiempo que P. Nora daba la bienvenida a la metamorfosis del acontecimiento, Paul Veyne le negaba a la historia status científico. Paralelamente, Michel de Certeau la caracterizó como práctica que produce instancias de conocimiento, a través de técnicas que, respondiendo a exigencias de la escritura, son consensuadas en el interior de comunidades historiadoras.<sup>(12)</sup> La *Nueva Historia* atraía sectores extranjeros a través de asiduos intercambios académicos y de la revolución técnico-cualitativa experimentada por los multimedia. El magnetismo de *Annales* alcanzaba su clímax de eferescencia.

### El puente se agrieta

Algo más de dos décadas atrás, se escucharon nuevas voces emparentadas a *Annales*. El microanálisis, cultivado en Italia y en los EE.UU.,<sup>(13)</sup> tendió a reponer la impronta explicativa de cierta particularidad. A propósito, De Certeau dirá, "...The subject is constructed as a stratification of heterogeneous moments". La denominada *New Cultural History*,<sup>(14)</sup> mitad americana, mitad francesa —ocasionalmente, su terreno importa metodología microhistórica— se afianza a través del cruce de la historia socio-política con l'histoire de mentalités. Fortalecida, presiona a la historia intelectual para que revise presupuestos y procedimientos. La intertextualidad disputa la hegemonía de teorías del discurso.

Finalmente, el conocimiento histórico ha pasado a ser representación al encuentro de una narrativa explícita. En los '80, Robert Darnton destacó la extrañeza en la textualidad de la otredad, como disparador acontecimiento y el símbolo como mediación interpretativa.<sup>(15)</sup> Al final de la década del '90, Roger Chartier reconfirmará el triunfo de l'histoire non-événementielle, a partir de la "discontinuidad" temporal.<sup>(16)</sup>

A pesar del triunfo, el modelo de *Annales* venía cosechando voces críticas, incluso por fuera de Francia. Basta con leer las prevenciones que ocuparon a Robert Darnton y Carlo Ginzburg. Visto desde el presente no resulta casual que

*Annales* haya vivido, entre 1988 y 1989, una coyuntura ríspida. Por entonces, la opinión generalizada consistió en que el programa de una historia total había colapsado, en parte, por la crisis que afectaba al conocimiento social. La publicación se debía una autocrítica. El editorial del '89 —“Tentons l'expérience”—, redefinió un estilo: en el contexto de una renovada producción de conocimiento, exaltó el valor de la especificidad epistemológica de cada disciplina social.

Ahora bien, ¿cómo regenerar un saber que rompa marras con tradiciones tan afinadas? Aun reconociendo el valor de la diferencia, la respuesta editorial se afirmó en lo colectivo-interdisciplinario, enfoque multiplicador de perspectivas, formas y representaciones.<sup>(17)</sup>

Sucesos de distinto calibre repercutieron en los cambios de perspectivas intelectuales. La incidencia teórica de M. Foucault, Jacques Derrida, Hyden White en el quiebre de los sistemas globales. El proceso que condujo al derrumbe del muro de Berlín no sólo es político sino que afectó todas las esferas de la vida social, aun fuera de las fronteras europeas. Las migraciones masivas han cambiado, en gran medida, el mapa étnico-cultural-económico de Europa y de EE.UU. El paradigma posmoderno fortalece aspectos de lo social, lo artístico y lo comunicacional. El brutal avance tecnológico y la globalización de los '90, vienen dibujando polos contradictorios: estados arrastrados, progresivamente, hacia la pérdida de identidad y la disgregación territorial. En tanto que la desarticulación ya no será una excepción, el hambre se expande.

El conocimiento, en general, se acopló a modificaciones de tal magnitud. Pero a pesar de los vuelcos, aún quedan sin resolver problemas nodales para la operación histórica.

Primer asunto, la historia nunca ha alcanzado status científico por sí misma. Secularmente, su construcción ha dependido de contactos disciplinarios.

Segunda cuestión. La arqueologización del saber en combinación con el paradigma indicial, defendido por Ginzburg, han sido determinantes en la calidad del devenir historiográfico. Una cosa es hacer historia total en la larga duración y la resistencia al cambio, al estilo braudeliano; otra muy diferente es bucear hacia las profundidades de la extrañeza.

La producción microanalítica lo ha demostrado sorteando cuestionamientos para con la estrechez de sus parámetros espacial-metodológicos. Márgenes que, en opinión de los críticos, estarían inhibiendo resultados abarcativos. Tal vez, sería atinado pensar en más de una connotación del concepto de totalidad histórica.

Si Foucault optó por lo “general” a lo “global”, por qué no pensar en construcciones totales a partir de la noción de ruptura de evidencia. La operatividad bien puede depender del tratamiento que el historiador haga de la masa histórica y del tipo de síntesis a la que aspire.

Por lo demás, ¿existen fundamentos que avalen sólo una historia total vinculante a hablar del todo a escala macro? De ser tan sencillo, ¿cuál sería la razón del relato de Jacques Revel?

En 1966, en *Blow up*, Michelangelo Antonioni contó la historia inspirada en un cuento de Julio Cortázar, de un fotógrafo londinense que casualmente capturó en una película una escena de la que fue testigo. La escena le resulta incomprensible, sus detalles no son coherentes. Picado por la curiosidad, agranda sus imágenes hasta el punto de que un detalle invisible lo coloca en la pista de una lectura distinta de todo el conjunto. La variación de escala le permitió pasar de una historia a otra (y, porqué no, a varias otras). Ésta es también la lección que nos sugiere la microhistoria.<sup>(18)</sup>

Frente a esta rotación de los planos de análisis, cabe argumentar, entonces, cómo una metodología que se caracteriza por centrarse en una única producción escrita puede encajar dentro de un panorama historiográfico que ha enunciado repetidamente su preferencia por la serialidad y el tratamiento no-acontecimiental. Sucede que la historia, basada en la textualidad, —R. Darnton, C. Ginzburg, R. Chartier, D.F. McKenzie y otros— sólo es posible a partir de desarrollos de corpus teóricos de la lectura, gestores de una multiplicidad de mediaciones en la comunicación textual.<sup>(19)</sup> De ahí que Dominick LaCapra<sup>(20)</sup> haya insistido en el valor del tratamiento “público-crítico” del momento interpretativo, transparencia que recae sobre la responsabilidad crítico-cognitiva de los documentos.

El procedimiento metodológico, basado en una “dialógica” entre textos-contextos-pasado-presente fisura la dupla orden-unidad, pluralizando y entramando categorías analíticas. En la práctica, la postulación de LaCapra se traduce en relaciones entre: intenciones del autor-texto, vida del autor-texto, sociedad-textos, cultura-texto, un texto y el corpus de un escritor, modos de discurso y los textos.

Por cierto, lo exegético, la retórica o la hermenéutica no son las únicas formas que han incidido en la expansión de la operación histórica. Sin embargo, constituyen modulaciones de las profundidades alcanzadas por metodologías a contrapelo de lo convencional.

El valor de la textualidad en el análisis histórico ha seguido rutas diversas. Para comenzar, en Francia hace 25 años —a partir de la historia intelectual—, historiadores, interesados en lo social, optaron por sistematizar estudios sobre la expansión ideológica, cultura popular y mentalidades colectivas. En ambas costas del Atlántico, se expandió el núcleo original de “diffusion studies”. H.J. Martin, D. Roche, R. Chartier, F. Barbier, apuntaron al estudio del libro y la palabra escrita. Robert Darnton, inspirado en la “speech act theory”, se dedica a la historia de la lectura —circuitos legales y vías irregulares— en Francia pre-revolucionaria. Mientras tanto, D.F. McKenzie se ha especializado en el estudio de bibliografías, encuadrado en una sociología del texto.

Por la misma época, otra matriz hizo escuela en Cambridge. Cultivando el análisis del texto, la intertextualidad y los sistemas lingüísticos, la filosofía del pensamiento político expandió una teoría del discurso de raigambre lingüística. Sobresaliendo J. Pocock, Q. Skinner, J. Dunn y R. Tuck, aquélla se extendió a círculos académicos de EE.UU.

El controvertido *linguistic turn* —siguiendo a los filósofos británicos que han conceptualizado el discurso político—, consiste en una historia del discurso, en el marco del “speech act”. La reconocida “speech act theory” da forma al esqueleto teórico de una historia del significado. Este diseño conceptual se interna en las ideas, analizando y entrelazando los elementos del universo lingüístico subyacente a las expresiones del discurso cotidiano.

Otros círculos académicos americanos se ajustan a una diversidad de vertientes, amarrando parte de los intereses filosóficos y nuevas áreas de análisis y debates: la teoría textual, el criticismo cultural y estudios del género. Esta intimidad de la filosofía con las humanidades se estrechó con la adopción de aportes de M. Foucault, J. Derrida y J. Habermas.

El nuevo cultivo de lo filosófico, afirmándose en una versión ampliada de la noción de texto, devino en más estético-literario. A fines de los '60, la repercusión de los debates pos-estructuralistas —caso, el aporte de “de-construcción” de Derrida—, encarnarían a través de los esfuerzos intelectuales de los conocidos como “Yale Critics” —P. de Man, G. Hartman y J. Hillis Miller—. Mientras tanto, E. Said y F. Jameson aplicaban la teoría textualista al terreno de lo social. Tendiendo a una sociología del conocimiento, pasaron de una “epistemología del otro” (something else) a una “sociología de los otros” (someone else). La filosofía reaparece bajo la forma de género literario —“escrituras dentro de otras escrituras”—, mutaciones que sugieren un pensamiento posfilosófico: “exploración de los márgenes de disolución del significado histórico de la filosofía”.<sup>(21)</sup>

No es casual, entonces, que *History & Criticism* de Dominick LaCapra se publicara en 1983. En el 85, Hayden White editó *The Contents of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation* y *Tropics of Discourse. Essays on Cultural Criticism*. Paul Ricoeur, en *Temps et Recit. L'histoire et le Recit*, concilió posiciones polémicas a través de teorías de la temporalidad.

Estos grandes trazos sobre abordajes contemporáneos muestran que el fin del milenio encuentra a la historia, en general, y a *Annales*, en particular, en otra encerrona. H. Pirenne, H. Berr, F. Simiand —sin olvidar a Marx, Michelet, Huizinga, G. Lefebvre, Burdckhart— lanzaron el guante y *Annales* lo recogió. Curiosamente, la historia está, una vez más, aprisionada: permanece entre los pliegues de las ciencias sociales o se deja cautivar por el canto de las sirenas lingüísticas.

Con el propósito de resituarla entre sus pares, R. Chartier<sup>(22)</sup> comparte la idea de Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, en cuanto a refundar la disciplina sustentada por una nueva teoría de la objetividad. Las autoras americanas —partiendo de que no conciben investigación neutral—, sostienen que toda construcción de conocimiento representa una lucha entre buscadores de la verdad. En definitiva, la propuesta trata de una objetividad inserta en la “relación interactiva entre el sujeto que inquiere y el objeto externo”.<sup>(23)</sup>

Propuesta carente de originalidad. A lo largo del siglo, se han desarrollado múltiples teorías de la objetividad; y la polémica se ha redoblado en el marco de la



historiografía crítica. Es más, clivajes objetividad/subjetividad, subjetividad/relativismo, pasado/presente han reunido, ininterrumpidamente, a epistemólogos y estudiosos de lo social. Además, cabe la duda de que una nueva teoría de la objetividad agregue o quite demasiado a un programa, el de *Annales*, cuidadosamente reflexionado durante 70 años. El trazado de Chartier consiste en reconvertir elementos de la historia total. En su opinión, retomar “el sendero del archivo al texto, del texto a la escritura y de la escritura al conocimiento”,<sup>(24)</sup> aleja a la historia del acantilado.

Sin restarle mérito al laborioso crecimiento de la disciplina; ésta secularmente ha sentido culpa a la hora de asumir definiciones epistemológicas que no está presta a responder. Tal vez, si se dispone a iniciar un renovado estudio del pasado político se encuentre a sí misma. Porque, habiendo perdido identidad, de madre nutricia de las ciencias sociales se ha convertido en la cenicienta, de fin de siglo, que no acierta qué zapato calzar.

### ¿*Annales* se muerde el rabo?

Hobsbawm denunció la muerte prematura del siglo —disolución de la URSS—. <sup>(25)</sup> El enunciado prevé catarsis generalizadas. Los vientos de teorías posmodernistas —en proceso de maduración— han alcanzado la carrera crítica del lenguaje y la representación. La posmodernidad tiene la virtud de inyectar vigor a la vida social. Políticas de inclusión —comunidades locales frente a la pérdida de los universales— han sido las reivindicaciones sobresalientes en este recodo del pensamiento. Nuevos discursos filosóficos, suspicaces para con metarrelatos logocéntricos, navegan mareas alternativas.

En esta ansiedad de búsquedas por doquier, los tiempos intelectuales han alterado su ritmo. En esta confusión, *Annales* también se muestra necesitada de respuestas a su propia crisis. Ahora bien, en caso que la escuela francesa decidiera cambiar de nave, ¿será merecedora de denominación tan emblemática? La crisis del '89 llegó a predecir el cierre de la revista. La sangre no llegó al río. Sin embargo, no es casual que en 1994 se rebautizara *Annales. Histoire. Sciences Sociales*. Detalle nada insignificante. Por el contrario, blanquea los propósitos del comité directivo en cuanto a reorientar la sociedad entre disciplinas. La sonora suplantación de “civilización” —médula en el oficio de historiar—, amputa las estribaciones de la historia total.

La larvada crisis de *Annales* representa un quiebre historiográfico que no deja de preocupar a sectores del mundo intelectual. Hace apenas unos años, Peter Burke<sup>(26)</sup> percibió la correspondencia entre la nueva y la vieja historia. Retrospectivas bien podrían concluir que la producción pos 1939 —una vez que los fundadores pasaron la laureada posta— no haya sido más que una prolongación del legado original con agregados coyunturales.

*Annales* ha sido la corriente historiográfica hegemónica de las tendencias historiográficas del siglo. Levantó su popularidad a través de inauditos recursos metodológicos, seriedad profesional y elasticidad hacia lo diferente. Esta polisemia, amparada en la seguridad de su poder institucional, ha apelado a múltiples y sofisticados efectos especiales, aun al precio de descartar estudios indispensables a un desarrollo historiográfico vital.

En efecto, *Annales* —enredada en la maraña de hilos internos, en búsqueda de definiciones de estatura— ha mostrado cierta miopía al soslayar historiar la fundación de un nuevo mundo. Quizás, disidencias que anidan en su interior mucho tengan que ver con esta prescindencia.

Teorías del progreso —elaboradas en su mayoría en el siglo XIX— fracasaron en brindarle al hombre el herramental adecuado para lograr un equilibrio entre el destellante avance tecnológico del XX y el bien común de la humanidad. De cara al deceso de las utopías, resultará operativo —social e individualmente—, que los historiadores revisemos la responsabilidad intelectual que nos cabe en el umbral del próximo siglo. El ondular de la posmodernidad parece indicar la idea de tantos programas historiográficos, como se requiera, para cobijar ideologías suficientemente laxas, aglutinantes y contenedoras del caudal humano desarticulado por la miseria, las luchas internas y las divisiones territoriales. Cruda presencia donde quiera que la mirada se dirija.

El argumento de Hobsbawm,<sup>(27)</sup> en cuanto a que el mundo se encuentra inmerso en el progreso de la civilización y la barbarie —cruce de efectos que se interpotencian en un mismo proceso histórico—, bien puede servir a *Annales* de disparo para un análisis crítico-político del pasado de tales frustraciones.

Conocida es la hermandad académica entre *Annales* publicación y l'Ecole. Con todo, este matrimonio institucional despierta sospechas de divisiones de aguas o acuerdos entre políticas institucionales. Siguiendo esta tanza, indicios señalan que l'Ecole ha sistematizado más orgánicamente el estudio de problemas puntuales de la vida política contemporánea —seminarios, cursos, publicaciones individuales y colectivas, invitaciones especiales, intercambios—, que lo realizado por la programación de la revista. Una vez más, ésta ha quedado obnubilada por su consabida mortificación: auscultar el espesor teórico-metodológico de la historia en cotejo al status epistemológico del resto de las disciplinas sociales.

En 1975 se inauguró l'Ecole, “casa de la reconocida escuela de *Annales*”. Su progresivo montaje de discusión de lo político coincidió con la agitada atmósfera de la vida francesa de la época. Pierre Rosanvallon<sup>(28)</sup> exalta los sistemas de producción, de circulación y de difusión que l'Ecole ha diseñado para desplegar la materia política.

En esta constelación, *La Nation* —clásico dirigido por Pierre Nora— ha sido la empresa editorial más representativa. A nivel institucional, en los '80, François Furet fundó el Instituto Raymond Aron. Al fusionarse, en 1992, con el polo político del Cetsap formó el Centro de Investigaciones Políticas Raymond Aron.<sup>(29)</sup>

Por cierto, estos datos dejan a *Annales* revista a rezaga de la dinámica de lo político en l'Ecole. Pero también permiten inferir que, debido a razones semiexplícitas, la revista ya no da cuenta de un eclecticismo de estatura.

El hecho que *Annales. Histoire. Sciences Sociales* selle un pacto político plural con la construcción y custodia de memorias colectivas —trabajo intrínseco a la función social de la historia— seguramente abrirá una salida a su propio entuerto. Un salto cualitativo que la oxigene, articule y cohesione, respondería con brío a los requerimientos de fin del siglo: nuevos trazados en el saber. Por cuanto la producción del conocimiento del pasado está requiriendo colaboración en el procesamiento de “nuevas problemáticas, nuevos paradigmas y nuevas teorías”,<sup>(30)</sup> para insertarse, con convicción, en el “uso público de la historia”, sugerido por Nicola Gallerano.<sup>(31)</sup>

Las memorias son colectivas, no privativas de especialistas. Tarde o temprano, los profesionales de la historia tendremos que hacer un intervalo: repensar la tarea que le cabe a nuestro oficio, catalizador no sólo de controversias teórico-metodológicas, también de emergentes plurales de la vida no académica.

### Lo político, amante furtivo

Bloch y Febvre hicieron una movida historiográfica rutilante. *Annales* lo ha capitalizado en cuanto a experiencia institucional y gimnasia metodológica. Por ende, un renacimiento de espesor no le exigiría renunciar a genealogías que le han insuflado prestigio y diseñado su estilo. Por el contrario, usufructuar de ellas le permitirá levantar una arquitectura problemática comprometida con lo político. La comprensión de comportamientos del hombre contemporáneo, sumido en la indiferencia, también requiere de este tipo de interpretación.

Si bien el programa trazado por un ala de l'Ecole parece adherir a lo sugestivo de enfoques políticos, recapitular algunos ítems echa luz sobre discursividades ambiguas, producto de “traducciones” desde latitudes tan lejanas.

Para empezar, en los '70 G. Iggers señaló que Raymond Aron adjudicaba el legendario vacío político de *Annales* al handicap heredado de la escuela Durkheimiana: la dificultad de conciliar el acontecimiento con la estructura. En esa ocasión, el crítico americano dedujo que tanto esta deficiencia como el propósito de comprender lo político —entre los pliegues de una historia social— fue la razón que incentivó al filósofo volver la mirada hacia Max Weber.<sup>(32)</sup>

Desde una lectura más conciliadora, P. Rosanvallon convalida el comentario de Iggers: en l'Ecole, Ferro y Haupt fueron los promotores de estudios políticos del mundo contemporáneo extra-Francia. En tanto, Furet y Richet, estimulados por el bicentenario, se dedicaron a desentrañar las complejidades de la Revolución Francesa.

Por la misma época, Jacques Julliard confiaba en la capacidad de la *Nueva*

*Historia* en generar estudios políticos en la larga duración. Destacó la relevancia de las especificidades de los elementos de una estructura, ocultos tras la singularidad del acontecimiento, para alcanzar la comparatividad.<sup>(33)</sup>

En los '80, esta inquietud prendió en trabajos de Jacques Le Goff. Valiéndose de la experiencia Blochiana, el historiador aportó un sesudo herramienta simbólico en la configuración de una antropología político-histórica. La autocrítica del medievalista reconoció que "...el historiador de la escuela de *Annales* se formó con la idea de que la historia política es vieja y anticuada...".<sup>(34)</sup> La réplica de su talento produjo *El nacimiento del Purgatorio y Reims, Ville du Sacre*.

Desde un abordaje opuesto, Françoise Dosse fundamenta críticas para con la reiterada ausencia de lo político en *Annales*. En estilos no menos polémicos, Alain Guerreau, Jean Chesneaux y Josep Fontana elevaron sus protestas.

En julio de 1993, Wojciech Wrzosek sondeó —en meduloso artículo— la persistencia de *Annales* en ignorar el tema de la Revolución. El historiador polaco lamenta el efecto refractario, que esta impavidez ha generado, hacia los nuevos movimientos de la historia.<sup>(35)</sup>

¿Cómo se explica que cuestionamientos nacidos de distintas ópticas y de valor teórico heterogéneo, sean unánimes al momento de acusar la prescindencia programática de *Annales* para con lo político? El hecho de que esta materia —responsable de haber clavado las banderillas a l'Ecole— se alimente de aportes de diferentes campos del saber social, explicaría, en parte, este cruce discursivo. Algunos indicadores amplían aspectos de esta colisión institucional.

El listado de horizontes programáticos que el editorial "Tentons l'expérience" propuso reinaugurar, no hace alusión a proyectos de estudios de lo político. En otra geografía, Carlos Aguirre Rojas aporta un dato interesante, "*Annales* (es decir, el grupo de historiadores nucleado en torno de la revista) ha entrado en un profundo proceso de redefinición..."<sup>(36)</sup> La recomposición tampoco se hace cargo de la materia política. Finalmente, revisando tanto la *Table Analytique des Annales 1989-1993* como los últimos números de la revista, se escucha sólo silencio respecto a una crítica prospectiva en evitar el enfrentamiento historia/política. Estudios sobre "Racisme, Antisémitisme", —bajo el rótulo "Relations et Pratiques Sociales"— resultan la excepción.<sup>(37)</sup>

*Annales* cedió el último acontecimiento internacional de envergadura —la destrucción del muro— a los media para su construcción, interpretación y circulación-consumo. ¿Quiere decir que los *Annalistas* no acertaron a percibir la representación simbólica que afectó multidireccionalmente a la cultura política mundial? Meses antes, ya se rumoreaba el sacudón que Europa oriental viviría. *Annales* —novembre/décembre 1989—, inmersa en sus propias ocupaciones, tampoco le concede comentario o editorial. ¿Este hito histórico le resultó tan intrascendente como lo haría la atomización de la URSS?

Los impactos efectistas de *Annales* parecen haberse agotado en coyuntura tan difícil. Con todo, se vislumbra un futuro optimista. Nuevos parámetros de identidad

política saldarían la deuda teórica de *Annales* para con Marc Bloch, sobre el problema que presenta la utilidad de la historia.<sup>(38)</sup>

“Il faut que les études historiques elles-mêmes prennent de plus clairement conscience de leur tâche -là-dessus aussi, nous aurions, nous autre gens d'atelier, notre examen de conscience à faire. Il faut qu'elles gardent le contact avec le présent, source de tout vie... L'Histoire n'est pas l'accumulation des événements de toute nature qui se sont produits dans le passé. Elle est la science des sociétés humaines”.<sup>(39)</sup>

A partir del crecimiento de la operación histórica el reiterado argumento de que la historia política sorbonista sublevó a los fundadores de *Annales* es una autojustificación banal y simple que no explica nada. En caso que *Annales* decida reparar el olvido, el “ogro” historiador estaría más que satisfecho alimentándose de la historia del siglo XX. Porque recordando palabras de E. Hobsbawm,<sup>(40)</sup> la única certeza que hemos tenido los ciudadanos del fin del siglo ha sido que éste llegaba a su fin.

Tanto es así que, en el inicio de los '90, R. Chartier, destacó el lugar prioritario que la “abarcabilidad” de la práctica política merecía ocupar en el análisis histórico.<sup>(41)</sup> Inquieto por el destino epistemológico de la historia, nuevamente hace precisiones en torno al eje interpretativo. Lo importante reside en entender que una historia política siempre hace anclaje en la ligazón entre los individuos. El profesional de la historia se enfrenta al estudio de una compleja madeja que ata la gestación de los factores que hacen posibles las relaciones de poder. Lazos recíprocos de dependencia moldean sus personalidades y definen formas de afectividad y racionalidad. Esta lectura de Chartier lleva a confiar en el valor de la recuperación de memorias colectivas como reenlace entre los hombres y las prácticas políticas perdidas.<sup>(42)</sup>

En este ir y venir, preocupa el diagnóstico de Isidoro Cheresky respecto a que el mundo actual carece de alternativas. Y progresivamente de política. Esta degradación parte del “desinterés de la gente en los asuntos públicos”, depresión que disloca las “voluntades antagónicas”, esenciales para todo desarrollo político.<sup>(43)</sup>

En un campo disciplinario minado de incertidumbres, sirven las observaciones críticas de dos historiadores. Marc Bloch fue claro al afirmar que las sociedades tienen memoria como los individuos. De lo contrario no habría historia.<sup>(44)</sup> La calidad y el compromiso, del trabajo sobre lo atesorado, dependen del espacio crítico que el historiador ocupe en la tensión presente-pasado.

A través de otro prisma, J. Chesneau<sup>(45)</sup> condenó la elección del historiador que, guarecido en el privilegio proporcionado por el amparo corporativo, ve pasar la historia mientras garabatea el cristal, empañado por su propio vaho. Todo aquel que adscriba a esta prescindencia corre el riesgo de quedar fuera de la historia.

## Lo político en Marc Bloch

La liviandad de la posmodernidad se compendia en una frase: falta de compromiso. Volver a Marc Bloch, hombre-historiador, significa, por una parte, un homenaje a la proyección de su pensamiento histórico. Por otra, trae a la discusión la relación pasado-presente-futuro, con la esperanza de fortalecer las estrategias para disipar la atmósfera que respira el hombre de hoy.

En un mundo carente de principios, la emblemática presencia de Bloch se entreteje a la coherencia entre sus ideas y la praxis. Su descarnado protagonismo lo entrenó en tomar decisiones de fuste; respetando lo que representaba, en su cosmovisión crítica, ser ciudadano francés, judío y profesional de la historia. En calidad de tal, se involucró en dos de las mayores catástrofes del siglo, que le dejaron profundas secuelas que derivaron en enfermedades y malestares crónicos.<sup>(46)</sup> Cuando Alvin Johnson le tendió su mano, pudo haber aceptado el refugio, como lo hicieron otros intelectuales —miembros del Círculo de Viena—. En cambio, aun intuyendo la fatalidad, eligió la unión de la familia y la clandestinidad. Definitivamente, Marc Bloch ha sido uno de los grandes humanistas del siglo.

Aquí importa hacer recortes para adentrarnos en aspectos de su pensamiento político y en aquellas articulaciones disciplinarias que lo acercan al debate actual.

“Papá ¿para qué sirve la historia?” Cuántas veces y de distintas formas Bloch respondió! *Mettier d'historien*, en forma de heredad metodológica resulta un texto político. De no haberlo pensado así, ¿para qué escribirlo en condiciones tan difíciles, sumidas en la incertidumbre? *Apologie...* —memorias de historiador—, trascendió el siglo y, por fortuna, cruzará el umbral, nutrido ahora con apuntes originales.<sup>(47)</sup>

En definitiva, la trayectoria historiadora de Bloch ha dejado marcas indelebles, tanto por la creatividad innovadora de lo producido, como por el coraje que la inspiró.

Sin embargo, *Annales* parece no haber entendido que creencias ideológicas profundas, no aceptan escindirse del modo de historiar. En este sentido, C. Aguirre Rojas trae a colación reflexiones de Bloch:

“...¿Para qué sirve la historia?, cuando los hombres, los pueblos y las civilizaciones son capaces de autoinmolarse en masa dentro de una guerra como la entonces vivida. Y ¿qué sentido tiene ser un buen historiador, o un buen trabajador en cualquier oficio posible, si no se es también un buen ciudadano, si no se asumen igualmente las propias responsabilidades públicas? Como va a señalar Bloch, los intelectuales como él tenían por lo menos ‘una lengua, una pluma, un cerebro’ que bien hubieran podido haber utilizado para difundir y desarrollar una conciencia colectiva...”<sup>(48)</sup>

Sorprende, entonces, la escasa dedicación que ha convocado el estudio de la compatibilidad de Bloch entre lo histórico y la práctica política. Los segmentos analizados por Carole Fink<sup>(49)</sup> constituyen la excepción.

Una rápida genealogía da cuenta de este particular mensaje Blochiano. Co-

menzando, *Souvenirs de guerres, 1914-1915*, es un testimonio de vida y de historia. El texto constituye una representación cabal del sendero —como rastro a seguir— de migajas esparcidas por Bloch. Porque en este diario de guerra, volcó lo que sintió, vivió y percibió. Con ojo político, analizó la significatividad de una contienda, que decidió la suerte de gran parte del mundo. Desde este punto de vista, *Souvenirs...* ya no podrá faltar en recopilaciones literarias del modernismo.

*Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre*, de 1921, es una especie de prolongación del texto anterior. Ambos fueron concebidos en los extremos de la carrera de Bloch aportando lo suyo al análisis teórico-metodológico que Fink les impuso: "mentalités, realidad histórica, determinismo histórico, la longue durée y la cuestión de la síntesis". En 1923, le sucedieron "Saint Martin de Tours. A propos d'une polémique" y "Saint Edouard le Confesseur", anticipando la primera edición de *Los Reyes Taumaturgos* (1924). Su admiración por lo iconográfico se extiende a "La vie d'outre-tombe du Roi Solomon", de 1925 y también a "Les vicissitudes d'une statue Equestre: Philippe de Valois, Constatin ou Marc-Aurèle?". Estos textos, de la etapa proto-*Annales*, dieron el puntapié inicial a *l'histoire des mentalités*. Entrelazada a este historiar, se delineó un cierto tipo de historia política. Esta empresa escucha influencias —Blondel, Levy-Bruhl, Halbwach— y se afirma de la mano con la originalidad del estilo Blochiano. En los '70, la *Nueva Historia* rescató de esta vanguardia el tratamiento del imaginario para la reinstalación de *l'histoire des mentalités*. Sin embargo no prestó atención al mensaje histórico-político.

Independientemente de que Bloch haya llevado la delantera en una reconversión del acontecimiento político, ¿qué son *Lutero*, *Margarita de Navarra* y el propio *Rabelais*? Consisten en discursividades de las que se desprenden sentidos políticos de distinto tipo. De seguro, ni uno ni otro autor pensó que sus obras mostraban un lado metafórico. Pero, al promediar el siglo, corpus conceptuales de la teoría política, de teorías del discurso, de la crítica literaria y de la teoría de la historia han adquirido espesor interpretativo considerable. En consecuencia, la ventaja que concede evaluar, desde el fin del siglo, resignifica el discurso de los fundadores dentro de marcos más sustanciosos. En este clima, los pasos profesionales de Bloch encajan en la afirmación de Hobsbawm, "...los historiadores deben ser para la universalidad".<sup>(50)</sup>

Saliendo de la etapa pre-*Annales*, *L'étrange défaite* encierra un alto contenido político-testimonial. De ahí el subtítulo, agregado por iniciativa de la edición inglesa de 1949, *A Statement of Evidence. Written in 1940*. Salpicado de subjetividad emotiva, el texto permite apreciar el eje analítico central: la solidaridad colectiva de la nación. Aunque Bloch decodifica críticamente los comportamientos de las clases sociales y las dirigencias políticas en la derrota francesa, el ensamble socio-político deviene en articulación de lo nacional, concepto que expresa la totalidad.<sup>(51)</sup>

Esta sucinta biografía intelectual de Bloch ha servido de presentación al singular valor historiográfico-político de *Los Reyes Taumaturgos*<sup>(52)</sup> y su repercusión en teorías actuales.

A lo largo del texto, Bloch aplica una etnología comparada. Ordena lo social a través de una lectura etnográfico-simbólico-política del cuerpo como entidad analítica. Aplica sus nociones a espacios de inteligibilidad configurantes del problema: estrategias de circulación del poder a través del milagro real y del milagro santo.

En la hechura del historiador, el cuerpo del rey encarna el poder por sobre el resto de los mortales. El monarca deviene en representación viva de un cuerpo con sentido dual. En el espacio de la ceremonia de coronación, el óleo sagrado utilizado en el acto de ungimiento —“teatralidad”— transmite cultura y herencias ancestrales. El aceite —sobre el vértice de la cabeza o la parte alta de la espalda— guarda el poder simbólico de legítimar la sucesión monárquica y con ella la herencia del cúmulo de bondades curativas. La modulación de los tiempos de la liturgia superpone la soberanía individual a la credulidad colectiva, mimesis que encarnará en el toque del rey sobre las escrófulas (“teatralidad”).

Los detalles de la ceremonia de coronación importan a Bloch porque actitudes consensuadas devienen en constituyentes de una escena de alta significatividad. El monarca hegemoniza el acontecimiento al recibir el aura real, privilegio único que lo acercará al imaginario de sus súbditos a través de la muy especial empatía con lo divino. Las representaciones simbólicas que fortalecen el diálogo entre la individualidad real y la divina figuran como las únicas mediaciones hermenéuticas que Bloch, con mano antropológica, concibe en esta acompasada reconstrucción de la taumaturgia.

El historiador, exigente, liga el gesto al significado íntimo de la cosa, con el propósito de leer en el interior de la feudalidad. En sociedades ritualizadas, lo simbólico conforma un nudo de producción de sentido. Por medio de una escenografía, el movimiento guarda un valor más elevado que la palabra —el futuro caballero velando las armas; el toque del rey para concederle tal condición—.

A propósito, consideraciones teóricas emparentadas a la interpretación política del símbolo, vienen en ayuda del historiador.

En 1992, Georges Balandier planteó que lo político, en tanto drama, utiliza la “teatralidad” para imponer una subordinación estricta o laxa, según en qué espacio histórico tenga lugar. El resultado es que la estratificación de los “niveles de espectacularidad” del todo político dependen de especificidades históricas. O sea, se trata de una teatralidad formadora de tipos de relaciones políticas. En esta línea argumental, la “teatralidad” es una representación simbólica que da cuenta de las prácticas (políticas) de los sujetos que componen un determinado orden social.<sup>(53)</sup>

Bronislaw Baczko dirigió la atención hacia la construcción del impacto político de los imaginarios sociales. La acción política sobre las mentalidades depende, en una época determinada, de la eficacia de la “difusión” y de los “circuitos” —“instrumentos de persuasión, de presión, de inculcación de valores y creencias”— ideados por los multimedia.<sup>(54)</sup>

La sacralidad corporal —de fuerte injerencia en la trama política— requirió de la actuación de un cuerpo polifacético que irradiara múltiples representaciones.



Devino en un núcleo de poder disputado por otros, en distinto grado —feudales, clero, curandera, bruja, etc.—. El bautizado por J. Le Goff “carisma monárquico”<sup>(55)</sup> —media de la época— liga, en una misma mano, el cielo con la tierra a través de la tríada divinidad-rey-súbdito.

Avanzado sobre otra línea interpretativa, le cupo a E. Kantorowicz, la continuidad en un estudio problemático del cuerpo. Al promediar los '50, formuló la teoría de la “doble capacidad” del monarca al contar con “dos cuerpos”. Uno “natural”, de características comunes a todo mortal. El otro tomaba forma de “cuerpo político”. Aquí Kantorowicz desplaza la expresión “institución monárquica”, de Bloch, de fuerte contenido histórico —“los reyes no eran hombres como los demás; se los consideraba sagrados y también taumaturgos”—, hacia conceptualizaciones provistas por la teoría política: “...sus miembros son sus súbditos. Este cuerpo no está sujeto a la pasión y a la muerte porque nunca muere, se transfiere a otro cuerpo natural”.<sup>(56)</sup> Recapitulando, ¿qué significa la realeza medieval en tanto entrecruzamiento de un poder político territorial, que anuncia la modernidad y una legitimidad derramada sobre el mismo por la gracia divina? Claude Lefort, desde otra área del saber social, amplió el recorrido de Kantorowicz, sosteniendo que la monarquía medieval constituyó una de las formas posibles de la red de entrecruzamientos de lo teológico-político. Las antiguas ciudades-estado pueden ser consideradas su inicio. La forma medieval reconoció, además del “monarca-sacerdote”, los cuerpos de “ciudades” y “edificios”.

Estos matices interpretativos dejan translucir cierta armonía conceptual. En opinión de Lefort, la sensibilidad política comparte con la sensibilidad religiosa la capacidad de resaltar “la presencia de lo simbólico”, orientada, de manera específica, hacia lo real. El poder político se manifiesta en tanto símbolo de la totalidad social, como exterioridad que la provee de un lugar privilegiado de consciencia en sí misma, de autorreflexión. No es tan decisivo poder apreciar cuán amplio es el espacio territorial en que el monarca es “obedecido”, sino el hecho de que el autor da prioridad a la posición simbólica como punto inicial de la construcción del sólido edificio de la monarquía.

La representación de un cuerpo, la proyección “inconsciente de una sociedad que se encarna en el rey” impone sobre sus miembros un fuerte sentimiento de unidad, una “identificación amorosa con ese cuerpo” y hace posible que la misma pueda significar un “nosotros”. El poder, y no la ley, se inscribe en el cuerpo regio. La ley se desdibuja en tanto el poder del rey no homogeneiza a sus súbditos, simplemente los reúne para imponerles su voluntad por el amor o por el temor. La catedral de Notre-Dame de Reims —habiendo sido elegida por los reyes franceses como lugar sagrado de coronación— configura el espacio legítimo para el encuentro simbólico de los “dos cuerpos”.<sup>(57)</sup>

La preocupación de Le Goff, “discípulo póstumo”,<sup>(58)</sup> en traer al terreno histórico los sentidos que se desprenden de los gestos de la liturgia de la coronación-unción en la catedral de Reims, merece una nota, aunque sea breve. El eje

problemático delineado por el historiador consiste en adjudicar una particular atención al estudio de este lugar santo. Porque el rey, previo a ser coronado, había cumplido dos de las tres condiciones que legitimaban la continuidad monárquica: “elegido por Dios y designado por la tradición hereditaria, ahora venía para ser ungido”.<sup>(59)</sup> La sucesión intelectual ha convocado a Le Goff como prologuista y comentarista preferido de las obras de su antecesor. No sorprende que Etienne Bloch le haya encargado el prólogo de la edición crítica de *Apologie...*; y el de Marc Bloch. *Une Biographie Impossible*.<sup>(60)</sup>

### Marc Bloch, punto y contrapunto

La primera vez que estudié el clásico *Apologie...*, se trató de la quinta edición de Fondo de Cultura Económica que circulaba —en Bahía Blanca— inadvertidamente durante la dictadura. El libro representó una profunda bocanada de aire fresco y esperanza entre tanto desquicio humano. Todos lo hemos releído, en más de una ocasión, por ser el bálsamo y el apoyo que cualquier historiador desea, en algún momento.

Este referente me lleva a puntualizar cuestiones —presentes en *Mettier...*— en torno al tratamiento de la historia, que Bloch despliega en *Los Reyes...*, así como su inserción en controversias actuales.

Si datamos la vida profesional de Bloch a partir de los años '20, su estampa sólo queda al otro extremo del siglo. Quizás sea atinado ensayar extenderla hacia los tiempos de Michelet, Marx y Freud, ya que Bloch escuchó también sus ecos. El conjunto de la obra de Bloch no es sólo una lucha contra, sino además un acopio de tonos, incluso el de su padre. De ahí que el historiador devenga en centro de convergencia de múltiples linajes. Esta escala tan amplia le permitió, por convicción política, madurar su vida personal-profesional.

Caminar la preocupación colectiva relacionada al avasallamiento disciplinar sobre la historia —poco novedoso en el zigzag de *Annales*—, es reflexionar sobre los reparos de cierta cientificidad disciplinar en poner límites a la fuga de la historia de la mano de la ficción.

En este nivel de discusión, *Las Damas del siglo XII*, de Georges Duby, es a primera vista un relato casi ingenuo. Sin embargo, nadie duda de su espesor conceptual. No sólo por conocer el trayecto profesional del historiador, ni por una cuestión de fe, sino porque se reconoce el trabajo de una poética. Esta trae un cúmulo imaginativo y de sentidos —también políticos— sin apartarse de lo que historiar supone. En los últimos textos —*Guillermo el Mariscal* es otro— Duby vuelve hacia las lecturas maravillosas de su juventud. 60 años después del escrito de Bloch, el lector vuelve a quedar abandonado a la soledad de su imaginación.

Respetuoso de la erudición, Bloch además de seguir las reglas del oficio, las creó. *Apologie...* es un buen ejemplo. Sin embargo, *Los Reyes...* es un texto que surge

de una novelística, constitutiva de una metáfora del poder. El libro pasó inadvertido hasta los '70, cuando los prólogos de J. Le Goff y C. Ginzburg a sendas ediciones, recuperan su valor. Se lo había calificado de extravagante, sin reconocer la destreza de Bloch en tejer una intertextualidad entre el presente y el pasado por medio del uso "crítico-ideológico-simbólico" del documento para un historia política. White reflexiona,

"...el verdadero uso del lenguaje mismo implica o comprende una postura específica ante el mundo que es ético e ideológico y aún más generalmente político: no sólo toda interpretación sino también todo lenguaje está contaminado políticamente".<sup>(61)</sup>

*Los Reyes...*, bien puede considerarse un "artefacto" histórico-literario basado en una poética al estilo propuesto por H. White y D. LaCapra.<sup>(62)</sup> Este punto de partida no le quita al texto precisión respecto a que nada de lo social queda fuera de lo cultural, sino que entenderlo como "uso del lenguaje" lo vuelve más flexible. Por lo demás, el uso de cierta poética presenta la virtud de acortar distancias entre presente y pasado, procedimiento tan caro a Bloch.

Sin embargo, este escrito de Bloch, a pesar de estar cruzado por una novelística, muestra aristas conservadoras. El hecho de defender una unidad y un orden hace que la construcción de *Los Reyes...* compatibilice más con la definición de Jacques Rancière,

"...conjunto de procedimientos por lo cuales un discurso escapa de la literatura, se da a sí mismo el status de una ciencia, y significa este status".<sup>(63)</sup>

Por lo visto, *Los Reyes...* no sólo irradió la metamorfosis del acontecimiento —inserto en una historia-problema interdisciplinaria y comparativa—;<sup>(64)</sup> sino que configura otro fenómeno. Desde una interpretación más actualizada, la metáfora de Bloch de los usos del poder deja lugar a la ironía y la intriga del pasado narradas desde un presente.

Paul Ricoeur, a partir de otra perspectiva, también encuentra a Bloch. Haber descubierto que la historia es un "conocimiento por huellas", recuerda la deuda que los historiadores tenemos para con el fundador de *Annales*. En opinión de Ricoeur, la datación del acontecimiento —construido o reconstruido— es indispensable porque el sistema acontecimienta se inserta en el molde de los tres tiempos. El comienzo del período bajo estudio, su fin y el presente de la enunciación histórica —el tiempo del historiador—. O sea que, apoyándose en una hermenéutica, Ricoeur llega a afirmar que ambas operaciones constituyen un único sistema de datación. En otros términos,

"...tienen lugar en el mismo universo como los fenómenos estudiados por las ciencias naturales".<sup>(65)</sup>

Evidentemente, el modo de historiar de Marc Bloch ha sido un ingrediente fundamental en la historiografía contemporánea. De lo contrario hubiera sido más difícil alcanzar el anclaje de una historia del imaginario, la segmentación metodológica en “series de series”, tampoco la proyección de una “historia político-antropológica”.

Respecto al asunto de acercar y separar aspectos de ambos debates, *Los Reyes...* constituye un texto clave para la dilucidación de cuestiones teórico-metodológicas. En este sentido, Carlo Ginzburg siguió senderos de valor crítico, mercedores de continuación.<sup>(66)</sup> Pero además ha insinuado un asunto central que anilla la concepción Blochiana. La historia siempre se ha preguntado por qué cambia lo que cambia, hoy nos preguntamos por qué permanece lo que permanece.<sup>(67)</sup> Tal vez, parte de la respuesta esté en el equilibrio de la connotación en D. LaCapra,

“...The story that relates its genesis in a realistic myth of origins may be taken to emblemize the situation of historiography and related “human sciences” as complex modes of discourse in which and exchange with the past is always bound up with a present dialogue”.<sup>(68)</sup>

La expansión del neo-liberalismo y la multipolarización de la economía de mercado, vienen generando enclaves de conflicto y disolución sociales. Su estudio histórico-político requerirá haber transitado el debate público y la elaboración de proyectos historiográficos a nivel de bloques de países, con el propósito de alcanzar la comparatividad, tan cara a Bloch, “legado no suficientemente explotado”.<sup>(69)</sup> La crisis mundial está en la cresta de la ola, efervescencia que dificulta interpelar globalmente una explicación del pasado.

En tiempos tan desconcertantes, leer a Marc Bloch atrae temporalmente los dos extremos del siglo, remitiéndonos —incluyendo *Annales*— al valor ideológico del fluir de las memorias colectivas —aun las más dolorosas— y no divorciar este compromiso del trabajo en el gabinete, ni de la vida cotidiana.

“...All my life I have striven to achieve complete sincerity in word and thought. I hold that any compromise with untruth, no matter what the pretext, is the mark of a human soul's ultimate corruption. Following in this a far greater man than I could ever hope to be, I could wish for no better epitaph than these simple words: *Dilexit Veritatem...*”<sup>(70)</sup>

## NOTAS

- (1) C. Geertz, "Géneros confusos", en: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, México, Gedisa, 1991.
- (2) C. Pereyra, "Historia para qué", en: *Historia para qué*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1986.
- (3) C.V. Langlois, C. Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972.
- (4) F. Simiand, "Méthode historique et Science Sociale", en: A.E.S.C., janvier-février, 1960.
- (5) E. Durkheim, "Debate sobre la explicación en historia y en sociología (1908)", en: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- (6) Hemos trabajado las influencias sobre el trabajo histórico de Bloch en: C. Godoy, E. Hourcade, *Marc Bloch. Una historia viva*, Buenos Aires, CEAL, 1992; también "Individuos, grupos, estructura social. Una revisión de los antecedentes conceptuales y la elaboración sociológica de M. Bloch a propósito de la Europa feudal", en: *Temas Medievales*, N° 6, Buenos Aires, 1996. Consultar también, R. Ulrich, "République et Charisme. Marc Bloch et le prodige moderne", en: *Cahiers Marc Bloch*, 3/1995.
- (7) M. Foucault, *La Arqueología del Saber*, México, Siglo XXI, 1970.
- (8) M. Foucault, "Diálogo con los historiadores", en: *El discurso del poder*, Buenos Aires, Folios, 1983.
- (9) M. Foucault, *La Arqueología...*, op. cit.
- (10) M. Foucault, *Microfísica del poder*, México, La Piqueta, 1980.
- (11) F. Dosse, *La historia en migajas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.
- (12) AA.VV., *Hacer la Historia*, Barcelona, Laia, 1974. M. de Certeau, *The Writing of History*, C.U.P., 1988.
- (13) J. Revel revisa trazos teóricos de Grendi y Ginzburg en, "Microanálisis y construcción de lo social", en: *Entre pasados*, N° 10, Buenos Aires, 1996.
- (14) M. de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other*, U.M.P., 1986. L. Hunt (ed.), *The New Cultural History*, U.C.P., 1989. M. Poster, *Cultural History + Postmodernity. Disciplinary Readings and Challenges*, C.U.P., 1997.
- (15) R. Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa del siglo XVIII*, México, F.C.E., 1987; *The Kiss of Lamourette*, NY, W.W.Norton & Co., 1990. La totalidad de los artículos del debate Darnton están traducidos al español en E., Hourcade, C. Godoy, H. Botalla, *Luz y Contraluz de una Historia Antropológica*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- (16) R. Chartier, *On the Edge of the Cliff. History, Language and Practices*, Baltimore & London, The John Hopkins University Press, 1997.
- (17) "Tentons L'expérience", A.E.S.C., novembre-décembre, 1989.
- (18) J. Revel, "Microanálisis...", op. cit.
- (19) C. Godoy, "Robert Darnton, el rostro americano de la Nueva Historia", en: Hourcade-Godoy-Botalla, *Luz y Contraluz...*, op. cit.
- (20) D. LaCapra, *History & Criticism*, C.U. P., 1985.
- (21) Para un racconto de las principales tendencias de la historiografía americana de los últimos 30 años, ver R. Darnton, *The Kiss of Lamourette*, NY, W.W. Norton, 1990. "Robert darnton conversa con la Historia Cultural", entrevista realizada por Cristina Godoy, Princeton, 1995, en: *Estudios Sociales*, N° 10, Santa Fe, UNL, 1996. En español se conocen dos entrevistas: de Patricia Nettel, en: Hourcade-Godoy-Botalla, *Luz y Contraluz...*, op. cit. Jeremy Adelman, "Simplemente amo la historia", en: *Entre pasados*, N° 10, op. cit. Asimismo, para filiaciones de la Historia Cultural, ver, L. Hunt (ed.), *The New...*, op. cit. R. Darnton, "Diffusion vs. discourse: conceptual shifts in intellectual history and the historiography of the French Revolution", en: Carlos Barros (comp.) *Historia a Debate*, S.C., 1995. R. Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992; y "El espejo invertido", en: A. Herrero y F. Herrero, *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*, Santa Fe, UNL, 1996. Respecto al desarrollo del discurso político en Cambridge, ver precisiones en R. Tuck, "History of Political Thought", en: P. Burk (ed.), *New Perspectives in Historical Writing*, Polity Press, UK, 1991. A.A.V.V., "¿Qué es la historia intelectual?", en: *Debate*, N° 16, Valencia, 1966. Para las filiaciones de corte filosófico en EE.UU, Giovanna Borradori, *Conversaciones filosóficas. El nuevo pensamiento norteamericano*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1996.

- (22) R. Chartier, *On the edge...*, op. cit.
- (23) J. Appleby, L. Hunt, M. Jacob, *Telling the Truth about History*, W.W., Norton & Co., NY, 1995.
- (24) R. Chartier, *On the edge...*, op. cit.
- (25) E. Hobsbawm, *Il Secolo Breve. 1914-1991. L'era dei grandi cataclismi*, Rizzoli, 1995.
- (26) P. Burke, (ed.), *New Perspectives ...*, op. cit.
- (27) E. Hobsbawm, *Il Secolo...*, op. cit.
- (28) P. Rosanvallon, "La politique", en: J. Revel, N. Wachtel (ed.), *Une Ecole pour...*, op. cit.
- (29) Idem.
- (30) C. A. Aguirre Rojas, *Los Annales y la Historiografía Francesa. Tradiciones Críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, México, Ediciones Quinto Sol, 1996.
- (31) N. Gallerano, "History and the Public Use of History", en: F. Bédarida (ed.), *The Social Responsibility...*, op. cit.
- (32) G. G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Connecticut, Wesleyan University Press, 1975.
- (33) J. Julliard, "La Política", en: AA.VV, *Hacer...*, op. cit.
- (34) C.A. Aguirre Rojas, *Los Annales...*, op. cit.
- (35) J. Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985.
- (36) W. Wrzosek, "Pourquoi les Annalistes n'aiment pas la révolution?", en: C. Barros (comp.), *Historia...*, op. cit.
- (37) C. A. Aguirre Rojas, *Los Annales...*, op. cit.
- (38) C. Gréard, M. Grinberg, Y. Trabut, *Table Analytique des Annales. Economies. Sociétés. Civilisations. 1983-1993*, Paris, Armand Colin Editeur, 1995. Siguen, "Table des matières de l'Année 1994"; "Table des matières de l'Année 1995"; "Table des matières de l'Année 1996"; y *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, Nº 1, janvier-fevrier, 1997.
- (39) M. Bloch, *Introducción a la Historia*, México, FCE, 1967.
- (40) M. Bloch, "Que demander a l'Histoire?", en: *Mélanges Historiques*, t. I, Paris, SEVPEN, 1963.
- (41) E. Hobsbawm, *Il Secolo...*, op. cit.
- (42) R. Chartier, *El mundo como representación*, op. cit.
- (43) R. Chartier, *On the edge...*, op. cit.
- (44) I. Cheresky, "El lugar de la política en las sociedades contemporáneas", en: S. Gaviglio, E., Manero (comps.), *Desarrollos de la Teoría Política Contemporánea*, Rosario, Homo Sapiens, 1996.
- (45) M. Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador. Edición crítica preparada por Etienne Bloch*, México, FCE, 1996.
- (46) J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? a propósito de la historia y de los historiadores*, México, Siglo XXI, 1987.
- (47) M. Bloch & L. Febvre, *Correspondance, 1928-1933*, vol. I, Paris, Fayard, 1994.
- (48) M. Bloch, *Apología ...*, op. cit.
- (49) C.A. Aguirre Rojas, *Los Annales...*, op. cit.
- (50) C. Fink, "Marc Bloch: l'historien et la Résistance", en: H. Atsma, A. Burguière (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui...*, op. cit.; y *Marc Bloch. A Life in History*, NY, Canto, CUP, 1989. *Marc Bloch aujourd'hui...*, op. cit.; y *Marc Bloch. A Life in History*, NY, Canto, Cambridge University Press, 1989; "Introducción", en: M. Bloch, *Memoirs of War 1914-15*, CUP, 1980.
- (51) E. Hobsbawm, "The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity", en: F. Bédarida, (ed.), *The Social Responsibility of the Historian*, 1994.
- (52) C. Godoy, E. Hourcade, *Marc Bloch...*, op. cit.
- (53) Me he ocupado en más detalle del tema en C. Godoy, *Legitimidad e imaginario colectivo: La monarquía francesa en la alta feudalidad*, Colección Los Cuadernos, 2, UNR, 1990. "Representación de la Realeza en la Francia Medieval", en: *Temas Medievales*, Nº 2, Buenos Aires, 1993. Id., "El imaginario europeo de lo político: la taumaturgia real en Marc Bloch". VI Jornadas de Historia de Europa, Buenos Aires, 1993. Consultar también, R. Ulrich, "République et Charisme. Marc Bloch et le prodige moderne", *Cahiers Marc Bloch*, 3/1995.

- (53) G. Balandier, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994.
- (54) B. Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.
- (55) J. Le Goff, *Tiempo, trabajo y cultura*, Barcelona, Taurus, 1983.
- (56) E. Kantorowicz, *King's two bodies*, Princeton, 1957.
- (57) C. Lefort, *¿Permanece lo teológico político?*, Buenos Aires, Hachette, 1988.
- (58) M. Bloch, *Apología para ...*, op. cit.
- (59) J. Le Goff, "Reims, ville du sacré", en: P. Nora (Dir.) *La Nation*, vol I, Paris, Gallimard, 1986. Id., "Le genèse du miracle royal", en: H. Atsma, A. Burguière (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui...*, op. cit.
- (60) E. Bloch, *Marc Bloch 1886-1944. Une biographie impossible*, Limousin, Culture & Patrimoine, 1997.
- (61) H. White, *Tropics of discourse. Essays on Cultural Criticism*, Baltimore, JHUP, 1985. (traducción "The fictions of Factual Representation" & "The historical text as Literary Artifact" a cargo del Departamento de Idiomas, UNR)
- (62) H. White, Id., D. LaCapra, *History & Criticism*, Ithaca, Cornell University press, 1985. D. LaCapra, S. Kaplan (ed), *Modern European Intellectual History*, CUP, 1982. L. Kramer, "Literature, Criticism, and Historical Imagination: The Literaly Challenge of Hayden White and Dominick LaCapra", en: L. Hunt (ed.), *The New...*, op. cit.
- (63) J. Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.
- (64) Sobre el método comparativo en Bloch es mucho lo que se ha escrito, sobretudo del lado norteamericano. A más del homenaje *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée & Science Sociales*, EEHE, 1986. El texto de M. Bloch, "Por una historia comparada de las sociedades europeas", fue traducido en: C. Godoy, E. Hourcade, *Marc Bloch. Una historia viva*, op. cit.
- (65) P. Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995. "History and Rethoric", en: F. Bédarida (ed.), *The Social...*, op. cit.
- (66) Carlo Ginzburg se explaya con respecto a resortes ficcionales y psicológicos en M. Bloch en: "A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch", en: *Studi Medievali*, 1965. "Prefazione", en: M. Bloch, *I re taumaturghi...*, op. cit.
- (67) C. Ginzburg, *Storia notturna. Una decifrazione del sabba*, Torino, Einaudi, 1989.
- (68) D. LaCapra, *History & ...*, op. cit.
- (69) J. Le Goff, "Préface", en: E. Bloch avec la collaboration d'A.Cruz-Ramírez, *Marc Bloch 1886-1944...*, op. cit.
- (70) M. Bloch, "Testamentary Instructions", en: M. Bloch, *Strange Defeat*, Oxford University Press, 1949. En la nota a pie de página se lee: "The text here printed was given by Marc Bloch to his family at the time when he was engaged to clandestine activities. There can be a few finer examples of beauty of mind expressed in such beauty of handwriting. Four years after writing the 'Statement of the Evidence' contained in the preceding pages, and one year after committing these last wishes, in which he sums up all he had to say, with diamond-like precision, Marc Bloch fell to the bullets of a Nazi firing-squad".